

VASCONGADAS

*San Francisco
de Borja*

TOMÁS
PORTO.

SAN FRANCISCO DE BORJA

Rafael María López-Melús, Carmelita

CON LICENCIA ECLESIASTICA
I.S.B.N. 84-7656-131-8 • D.L. B-4136-89

APOSTOLADO MARIANO

**Recaredo, 44
41003-Sevilla**



La vista de un cadáver

Que el Señor llama cuando quiere y a quien quiere, es una gran verdad que confirma esta historia encantadora.

El 1 de mayo de 1539 en el palacio del conde de Fuensalida, en Toledo, expiraba la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V y madre de Felipe II.

El emperador Carlos V, de rodillas, junto al cadáver de su amante esposa. Le acompañaban, también de rodillas, su más fiel servidor Francisco de Borja, que era su caballero mayor y su esposa Leonor de Castro camarera mayor de la emperatriz que acaba de expirar.

En el alma grande de Francisco esta muerte dejó huellas que jamás se borrarán. Aunque hayan pasado más de veinte años recordará este día como uno de los más grandes de su vida. Le llamaba el “día de su conversión”.

Todos los años, en su *Diario*, recordaba el uno de mayo. Escribió en cierta ocasión:

—“Por la emperatriz que murió en día como hoy. Por lo que el Señor obró en ella y en mí por su muerte. Por los beneficios de este día. Por los 27 años que se cumplen de mi *conversión*”.

Por deseos del monarca acompañó el cadáver de la difunta emperatriz hasta Granada donde debía ser enterrado, en la Catedral, junto con los Reyes Católicos.

Antes hubo honras fúnebres durante nueve días. En ellas predicó, con enardecidos acentos, San Juan de Avila.

Antes de colocarla en el sepulcro quisieron dar el último adiós a aquel hermoso rostro que había sido la admiración y uno de los más bellos de toda Europa.

Estaba desfigurado y despedía mal olor. Fue entonces cuando el futuro de San Francisco de Borja exclamó movido por el cielo:

—“Nunca jamás, nunca más he de servir a señor que se me pueda morir”.



Ascendentes poco dignos

Al pequeño Francisco en su palacio de Gandía —rica ciudad levantina— le encantaba jugar con sus hermanitos y amiguitos a hacer altares y a vestirse de clérigo.

Su padre, Juan de Borja, el III Duque de Gandía, que esperaba de su hijo formar un hidalgo caballero, le corregía con cariño:

—“Deja esas cosas, pilluelo. Tu abuelo el rey Fernando no se ocupaba de ellas sino en ejercicios guerreros”.

Suele decirse que “de tal palo tal astilla”. Esa es la regla general pero es lógico que también se den grandes excepciones. Una de éstas la que ahora estamos tratando.

Francisco de Borja tanto por línea materna como paterna no podía gloriarse de tener ascendentes que se habían distinguido por su vida de piedad y de moralidad, esmeradas.

Su madre se llamó Juana de Aragón que también descendía de hombres muy ilustres por la nobleza y caballeresco pero no por lo religioso y moral.

Por una y otra parte nuestro protagonista nada menos que estaba emparentado con los Papas Calixto III y Alejandro VI y por lo tanto con los célebres Borjas que tanto escandalizaron en Roma. Alfonso de Aragón, que será Arzobispo de Zaragoza —aunque sólo de nombre—, era abuelo de Francisco de Borja.

Pero ya sus padres parece que no participaron en este mosaico de devaneos amorosos y poco nobles ya que los biógrafos nos los pintan “como muy buenos cristianos y muy dignos educadores de sus hijos”.

Dios había elegido a Francisco para purificar y santificar a sus antepasados ya que será el más famoso de todos ellos y no por cierto por sus pecados sino por su virtud y ejemplos en toda clase de obras que le fueron encomendadas.

Alguien le llamó “el expiador de su familia”.



Forjando su espíritu y su mente

—“Francisco deja esos juegos, que vamos a Misa a las Madres Clarisas”.

—“Francisco lleva esto a la abuelita, al convento de las Madres Clarisas, pues desea verte”.

—“Mira, Francisco, la tía ha dicho que vayas al convento que te guarda un regalito”.

Estas voces oía con frecuencia de labios de su madre o de su padre aquel niño que se iba educando como convenía a su rango de futuro heredero del Ducado de Gandía.

Ya conocemos los antecedentes de su cuna. Pero en su Palacio se rezaba, reinaba la moralidad cristiana y todos gozaban de gran afecto. Los servidores eran tratados con cariño y como miembros de aquella gran familia.

El natural que había recibido Francisco le ayudaba a ello. Era sencillo, jovial, atento, agradecido y piadoso.

Veía la caridad de sus padres para con los pobres y la nobleza de sentimientos.

Mucho influyó en esto, sin duda, el cercano convento de las Madres Clarisas, que gozaban de fama de muy observantes en toda la ciudad.

Allí se había internado y vestido el hábito una tía de Francisco, su abuela paterna y después tres de sus cuatro hermanas.

Aunque allí recibía una digna educación fue enviado a Zaragoza, junto con su hermana María Luisa para que recibiera una más completa formación al lado de su abuelo paterno D. Alfonso de Aragón.

Su hermana María Luisa casó en Zaragoza y llegó a merecer por sus virtudes el título de “La Santa Duquesa”.

Francisco junto al virrey de Aragón, aprendió las ciencias y las artes que a su rango le correspondía.



Vida de palacio

—“Mire, mire, Señoría”, le decía uno de sus criados señalando a un tropel de gentes que llevaban a un preso maniatado.

—“¿Quién es?”, pregunta con cariño y cierta curiosidad aquel joven y corpulento cortesano, Francisco de Borja.

Después se enteraría que era Ignacio de Loyola que había sido acusado por algunos miembros de la Inquisición y ¡misterios de Dios! Años más tarde aquel sería el superior General de la Compañía en la que pediría ser admitido Francisco dando el adiós al mundo y a sus vanidades.

En 1528 entra a formar parte de la corte del emperador Carlos V, en Valladolid. La vida que lleva en palacio es normal.

Pronto aquel joven apuesto llama la atención de todos por su exquisito comportamiento.

Es alto, fuerte y después cuando ya sea mayor hasta llegará a luchar mucho por quitar su gordura, que conseguirá por medio de su dura penitencia y estrechísima abstinencia hasta el punto que con grajejo especial dirá:

—“Puedo dar dos vueltas a mis huesos con la piel que me sobra”.

Ha estudiado filosofía y humanidades. Cabalga como nadie.

Le encanta la literatura y sobre todo la música. Canta y compone preciosas obras musicales, sobre todo de tema religioso. Algunas de estas composiciones recorrerán toda España y llegarán hasta nosotros.

Era un buen compañero y estaba siempre dispuesto a todo menos a una cosa: al juego. Le odiaba con todas sus fuerzas. Solía decir:

—“En el juego se pierden cuatro cosas: el tiempo, el dinero, la devoción y, a menudo, la conciencia”.

Su vida de palacio no le impedía entregarse a sus oraciones, a la lectura de la Biblia y vidas de los Santos.



Boda principesca

—“¿Has visto la nueva camarera de la emperatriz, que hermosa es?”.

—“¿Dicen que doña Leonor de Castro y Meneses ha llegado de Portugal llamada por la emperatriz Isabel para ser su camarera mayor?”.

Así dialogaban animadamente los criados del palacio imperial de Carlos V.

Durante estos días Francisco ya está al servicio del emperador y se ha ganado a toda la corte por sus muchas cualidades.

Sobre todo se ha ganado aún sin pretenderlo pues no es adulator como suelen abundar en los palacios, la simpatía y afecto más sinceros del mismo Monarca.

Carlos V, no disimula el cariño que siente hacia él siempre que tiene ocasión.

Las cualidades de Francisco no pasan por alto a la recién llegada dama Leonor. Tampoco pasa desapercibida la belleza, delicadeza y buenas costumbres de Isabel para el apuesto caballero.

Leonor, según el historiador P. Ribadeneira era: “muy devota, modesta, apacible, compasiva y amiga de hacer bien a todos”.

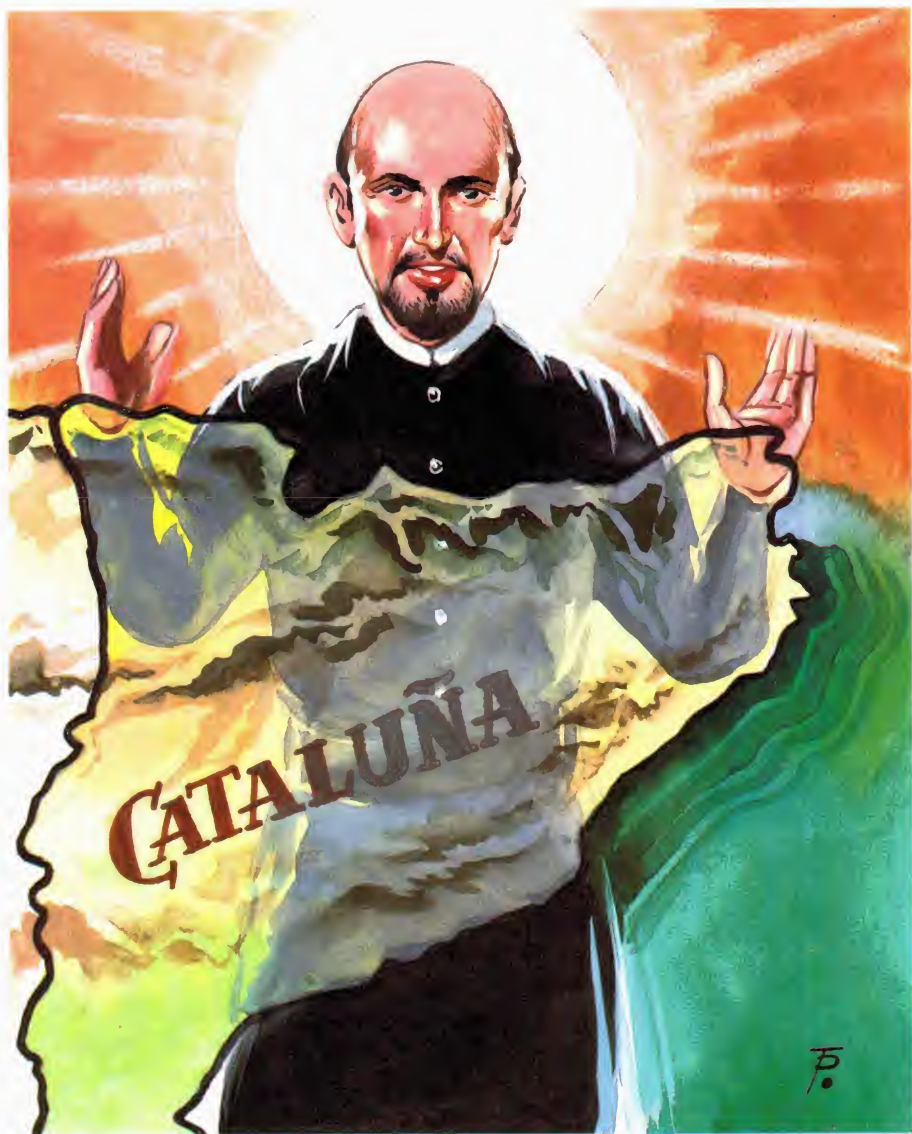
Francisco tenía 19 años cuando pidió la mano de Leonor que gustosa le entregó ella.

La boda se celebró el 1529 en Valladolid con toda pompa y solemnidad. Hacían una parejita encantadora.

Los dos se prometieron amor eterno y fidelidad al Señor. El les bendijo copiosamente.

Como desempeñaban los cargos más próximos a los emperadores su influjo en muchos asuntos hubo de ser de gran importancia.

El emperador lo nombró marqués de Llombay.



Virrey de Cataluña

Al volver en litera de dar sepultura al cuerpo de la emperatriz en Granada dicen los biógrafos del Santo que volvía otro. Siempre había sido bueno, honrado, piadoso, pero dio un vuelco en su modo de obrar que parecía otro: Meditabundo, ensimismado en algo muy profundo que llenaba su corazón. Alguien llegó a decir que se realizó un cambio más grande en su cuerpo y espíritu que en el cuerpo de la emperatriz Isabel.

Al llegar del viaje el rey lo nombró virrey de Cataluña, Rosellón y Cerdeña.

Era dulce y enérgico a la vez. Todo un maravilloso gobernante.

—“Señor, le dijo alguien al pisar tierra catalana, los maleantes no nos dejan vivir. Salen a los caminos y nos atacan a todos quitándonos cuanto tenemos. No hay seguridad en nuestra tierra.

—Yo os prometo acabar con ellos. Pagarán sus fechorías. Aunque yo tenga que sucumbir no daré tregua hasta que cambién de actitud”.

También se interesó de la reforma de los eclesiásticos que muchos estaban necesitados de ella. Solía decir esta gran verdad para entonces y para todos los tiempos:

—“Si la reforma de los eclesiásticos estuviera como debe estar no habría turco ni cosa en el mundo que pudiera contra nosotros”.

Durante los cuatro años que desempeñó este cargo supo hermanar maravillosamente la justicia y la clemencia. Escribía al emperador Carlos V:

“Paréceme que muchas cosas se remedian mejor con suavidad que ahorcando hombres; porque si este fuere el remedio ya se hubieran acabado los males en Cataluña”.



Duque de Gandía

La posteridad le conocerá como el Santo Duque. El 1543 muere su padre, tercer Duque de Gandía, y debe ir él, Francisco, a ocupar su puesto. Así abandona su virreinato de Cataluña.

—“Prepara los caballos que salimos de caza”.

—“Cuida de dar limosna a cuantos llamen a la puerta de Palacio”.

—“Que nadie quede sin tiempo necesario para dejar sus trabajos y acudir a los oficios a la Iglesia”.

—“Que los cocineros cuiden de que la comida sea frugal, y que se guarden con toda exactitud los ayunos que manda la Santa Madre Iglesia”.

Estos y otros eran los consejos que diariamente como buen padre y mejor cristiano daba cada día el Santo Duque a los familiares y criados de palacio.

Aquello más que Palacio de ricos Duques parecía una unidísima y sencilla familia. Es cierto que había riqueza y abundancia de todo pero reinaba sobre todo la caridad de unos con otros y la alegría que produce la auténtica vivencia de la fe.

A pesar de ellos durante los siete años que duró la permanencia de su Ducado a sus espaldas, no les faltaron tampoco sinsabores y disgustos. El se sentía como desterrado ya que sabía que algunos grandes de España y Portugal le miraban por envidia con malos ojos y Francisco era de esos que quieren siempre estar bien con todo el mundo y que nadie sufra por su culpa.

A pesar de estar en su palacio se preocupaba de todos los problemas de la Iglesia y la evangelización en todos los continentes.

A él se debían muchas fundaciones y dotaciones de obras pías, de iglesias y colegios de la iglesia.



La sana y buena elección

Otra prueba iba a venir sobre sus hombros: La muerte de su querida esposa Leonor.

Al verla enferma se postró ante un crucifijo que aún se conserva en el palacio ducal de Gandía y dicen que el Señor habló a Francisco indicándole que se la llevaba. Y el Santo Duque contestó son sollozos:

—“Señor, hágase tu voluntad y no la mía”.

Francisco quedó anonadado y fue otro golpe que vino a añadirse al que recibiera a la muerte y enterramiento de la emperatriz Isabel.

Escribió al Papa Pablo III y a San Ignacio comunicándoles la muerte santa de su esposa Leonor. Era el 1546.

Francisco pasaba horas y horas entregado a la oración. Ha quedado viudo a los 36 años. ¿Qué hará?

Conocía los ejercicios espirituales predicados aquellos días por San Ignacio de Loyola y los prodigios que obraba, sobre todo en cuanto a la elección de estado se refería.

El ora, consulta, medita.

El Emperador Carlos V le hace saber a Francisco que tiene guardado para él algo muy importante para el gobierno de este mundo. Francisco ya conoce la vanidad que ofrece esta tierra y está buscando algo más importante y duradero.

Mortifica bárbaramente sus carnes hasta derramar sangre. San Ignacio desde Roma le escribe suplicándole que modere sus penitencias. El mismo escribe:

—“Señor concédeme una buena y sana elección. Para ello te pido, Señor, perdón de mis muchos pecados, quiero confundirme por mis pecados y quiero sobre todo, confiar en la bondad de nuestro Señor Jesucristo”.

El día de la Asunción de 1546 se decidió para siempre. Escribió:

—“Francisco para siempre del Señor”.



El Apóstol de las Vascongadas

—“El mundo no tiene orejas para oír tal estampido”.

Así escribía a Francisco de Borja desde Roma San Ignacio de Loyola al comunicarle éste que decidía ingresar como humilde religioso en la Compañía de Jesús.

Quería decirle que guardase en secreto esta decisión ya que el bombazo que iba a sonar cuando los grandes se enterasen de ello iba ser mayúsculo.

Arregló sus asuntos de títulos y ducados, colocó a sus hijos dignamente y en 1548 ya emitía sus votos religiosos en la Compañía de Jesús.

Se despidió de San Juan de Ribera y de San Pedro de Alcántara y en 1550 partía para Roma. Poco antes había obtenido el grado de Doctor en Teología que la estudió, en la misma Universidad fundada por él, con toda intensidad.

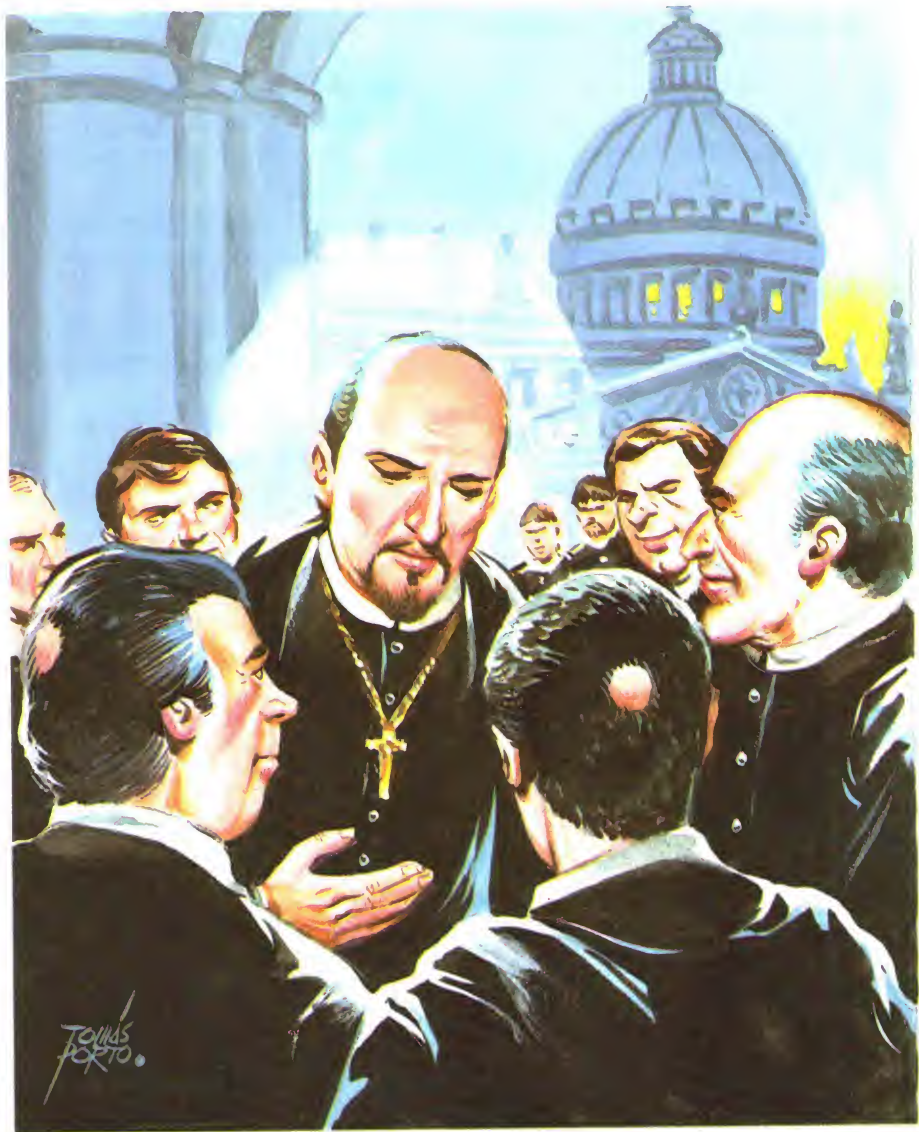
Y algo muy aleccionador para todos: La estudiaba como si fuera una oración o una letanía. No tanto lo hacía para saber sino para VIVIRLA.

En Roma llamó la atención por su vida de oración y de penitencia que tan diametralmente opuesta era a la que llevaban sus mismos familiares tristemente célebres Borjas.

Allí trabó amistad con los personajes más famosos en ciencia y santidad.

Vuelto a España, a Oñate, se rapó la cabeza y afeitó las barbas, renunció a todo cuanto el mundo le ofrecía y en 1551 se ordenaba sacerdote.

Su segunda misa, la primera solemne, tuvo que celebrar la al aire libre porque asistieron más de 20.000 personas. Empezó su fogoso apostolado por todas las Vascongadas con predicaciones, misiones, cataquesis, confesiones, hasta merecer este título de “EL APOSTOL DE LAS VASCONGADAS”.



Al frente de los Jesuitas de España

—“¡Apartaos de esos hombres que ayer eran soldados y hoy se fingen santos!”.

Así escuchó un sermón Francisco de Borja en Valladolid de boca de uno de los más grandes teólogos de la época. Era la envidia que le tenían.

Francisco había abrazado la vida de la Compañía y se había retirado del mundo para vivir en el anonimato y solamente para entregarse a Dios muriendo a las vanidades del mundo. Por ello nadie como él huía de los cargos y de los honores. Ya sabía por experiencia propia que estos no llenaban el alma.

Muy a pesar suyo hubo de admitir por obediencia el gobierno de los Jesuitas de toda España y de Portugal como Comisario General.

No le faltaron sinsabores en este cargo. El llamaba el día de su *crucifixión* al día que fue nombrado para él.

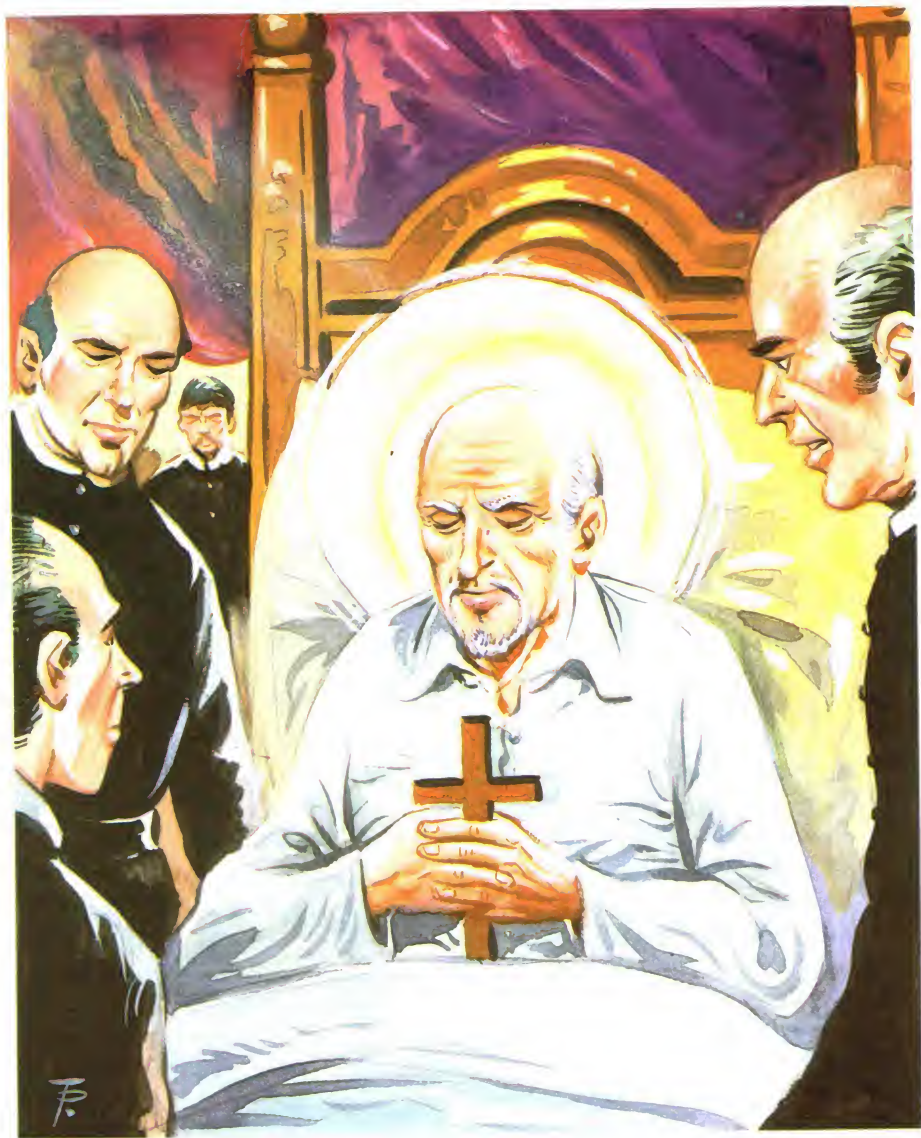
Puede afirmarse con toda veracidad que Francisco de Borja fue el verdadero fundador de los Jesuitas en España, Portugal y Ultramar ya que él durante los siete años que fue Comisario General dio un gran impulso en cuanto a vocaciones, fundaciones y obras realizó la Compañía.

Aunque huía de ello aún tuvo que participar activamente en algunas obras humanas o de política por que fue requerido por el emperador en su destierro de Yuste y asistió a la muerte de Doña Juana la Loca.

Igual que en su Ducado de Gandía la norma de su Gobierno era una mezcla entre rigurosidad y dulzura.

Solía decir:

—“La mortificación es vivificación, el obedecer es reinar; la pobreza es riqueza; el vivir es morir”.



General de la Compañía

Hay un refrán, que suele usarse bastante, que dice:

—“No quieres taza, pues taza y media”.

Que aplicado a nuestro Santo sería: Huyes de los cargos y honores, pues te vendrán aún mayores que los que has abandonado.

—¿“Dónde está el Padre Francisco?”’. Eran los inquisidores generales quienes llamaban a la puerta de la residencia de los Jesuitas. Querían llevarlo al juicio para que respondiera de uno de sus libros que habían metido en la Inquisición.

El mismo Felipe II por dar oído a algunos envidiosos de la santidad y ciencia del Santo Duque, ahora santo y docto Jesuita, perdió el afecto que le profesó desde la infancia de ambos.

Por el consejo del Papa y del Padre General de la Compañía Diego Laínez partió para Roma. Aquí trabajó lo indigne, dando ejercicios, confesando y dirigiendo las conciencias de centenares que acudían a él.

El mismo Padre General le encomendó el cuidado de la compañía mientras él participaba en las sesiones del Concilio de Trento.

Muerto el Padre General Laínez fue elegido para sucederle como tercer General de la Compañía el Padre Francisco de Borja. Escribió en su *Diario* el 2 de julio de 1565:

—“Día de mi crucifixión”.

Antes el Papa quiso hacerlo cardenal y él pudo verse libre de ello. Ahora no. Hubo de aceptar y a fe que trabajó bien. El se propuso consolidar la obra ignaciana y lo consiguió.

Gobernaba con dulzura y rectitud. Se extendió la compañía en todos sus campos de acción. No descuidaba ningún “frente de la Compañía”.

Se marcha el “Buenísimo”

—“Mira, que viene el santo”.

—“Corre, vamos a verle pasar a este gran santo que dicen hace tantos milagros y se le aparece el Señor”.

Así se oía gritar a peques y grandes cuando sabían que pasaba por alguna de las calles de Roma el Padre Francisco.

Y él cuando veía a tanta gente que le apretujaba o se paraba para mirarle, decía con gracia:

—“Me miran como a una bestia curiosa. Y hacen bien pues tienen toda la razón. Si Dios no me hubiera atado con los lazos de los votos religiosos, sería una bestia feroz”.

Amó a la Iglesia con todas sus fuerzas y sus últimos servicios que serán la causa última de su muerte será por la Iglesia y para la Iglesia. El Papa San Pío V quería movilizar a España y Portugal para que tomaran parte en la batalla que se pensaba hacer a las órdenes de D. Juan de Austria. Para ello envió al cardenal Bonello como Legado y rogó al P. Francisco que formara parte de su comitiva. El viaje fue durísimo. Duró casi un año por caminos y mal asistido.

Hubo de sufrir mucho aquella salud ya bastante quebrantada, y cuando volvió a Roma ya estaba gravemente enfermo.

Solamente duró dos días de vida en la ciudad Eterna: Llegó el 28 de septiembre y el 30 dejaba de existir. Era el 1572.

En su visita a España estuvo en Valencia por la misión Potificia pero supo mortificar sus gustos y no se llegó hasta Gandía como se lo pedía su cuerpo.

Murió como había vivido. Muy consolado y rodeado de todos sus hijos que le veneraban ya como Santo. Todos le llamaban: “*El Buenísimo*”.

Su Mensaje aún tiene vigor para nosotros hoy.